

rin, se le llama *piscis o jure*. He aquí el latín culinario que está ya en camino para convertirse en francés.

El uso del romance se va generalizando. En el siglo VIII, Ursmar, abad de Lobbes, á orillas del Sambre, sabe hablar romance, sin desconocer el latín ni el germánico.

Ciertos glosarios latino-romances empiezan ya á tartamudear las futuras palabras francesas : *bisacia* (besace), *merces* (merci) ó *impruntare* (emprunter) (Glosas de Richenau).

En el siglo IX, ordena la Iglesia que se predique en romance ó lengua vulgar, á fin de que puedan comprender el sermón todos los oyentes, que ya empiezan á desconocer el latín. Entonces aparece el primer texto manuscrito de nuestra lengua : el *Serment de Strasbourg*, en 842.

Luis el Germánico y Carlos el Calvo, hijos ambos de Ludovico Pío, muerto en 840, guerreaban con su hermano Lotario, á quien querían quitar unas provincias que le habían correspondido en herencia. Lotario pretendía, por el contrario, imponer su supremacía á sus hermanos. Encontráronse los ejércitos de los hermanos enemigos cerca de Auxerres, en Fontanet, en 841, y Lotario quedó derrotado. Los dos vencedores se repartieron el reino de Carlomagno y se juraron recíprocamente alianza y fidelidad. Carlos habló en alemán, para que le comprendiesen los soldados de su hermano y, por la misma razón, Luis el Germánico habló en la lengua vulgar de los francos, ó sea en romance.

Un historiador de aquel tiempo, Nithard, consignó estos juramentos en su *Historia de las divisiones entre los hijos de Luis el Bondadoso*, y, aunque escribió en latín, transcribió sus citas sin traducirlas y dió *in extenso* el texto auténtico. El único manuscrito de Nithard que existe data de principios del siglo XI; mas el texto en romance, aunque copiado varias veces, pero mal copiado, es la primera muestra que tenemos de la lengua vulgar romana, que señala la transición del latín al francés, á mediados del siglo IX.

He aquí dicho texto :

JURAMENTO DE LUIS

Pro deo amur et pro Christiano populo et nostro commun salvament, d'ist di en avant, in quant Deus savir et podir me dunat, si salvarai co cist meon son fradre Karlo et in ajuda et in caduna cosa si lons om per dreit son fradra salvar dift, in o quid il mi altresi fazet et ab Ludher nut plaid nunquam prindroi, qui meon vot cist meon fradre Karle in damno sit.

JURAMENTO DE LOS SOLDADOS

Si Lodhwigs sagrament que son fradre Karlo jurat conservat et Karlus meos sendra de suo part lo suon franit, si io retuinar non l'int pois, ne io ne neüls cui eo returnar int pois, in nulla ajuda contra Lodhuwig non lui ier.

He aquí la traducción en español :

JURAMENTO DE LUIS

Por amor de Dios y por la salvación común de los pueblos cristianos y por la nuestra, á partir de este día, en tanto que Dios me diere el saber y el poder, sostendré á mi hermano Carlos con mi ayuda y en todas las cosas, como se debe justamente sostener á su hermano, á condición de que él haga otro tanto, y no haré nunca ningún arreglo con Lotario que, por voluntad mía, pueda resultar en detrimento de mi dicho hermano Carlos.

JURAMENTO DE LOS SOLDADOS

Si Luis guarda el juramento que ha hecho á su hermano Carlos, y Carlos mi señor viola el suyo por su parte, en el caso en que yo no lo pueda impedir, no le prestaré ningún auxilio ni yo ni los que de mí dependan.

El segundo manuscrito que poseemos data de fines del siglo IX. Es una secuencia en honor de Santa Eulalia, conocida con el nombre de *Cantilena de Santa Eulalia*, escrita en la abadía de San Amando, encontrada en un manuscrito de San Gregorio Nacienceno, y conservada hoy día en la biblioteca de Valenciennes, manuscrito n° 143. Consta en todo de 23 versos, algunos de los cuales están ya en francés : « Bonne pucelle fut Eulalie, etc. »

Otro documento pertenece al siglo X y ha sido descubierto en la biblioteca de Valenciennes, en la encuadernación de un manuscrito de las obras de san Gregorio Nacienceno, manuscrito que provenía, al parecer, de la abadía de San Amando. Son notas tomadas sobre un pergamino por un predicador que va á predicar sobre el milagro de Jonás.

Á esta misma época, es decir al siglo X, pertenecen dos obras más considerables escritas en romance y cuyos manuscritos se hallan en la biblioteca de Clermont :

• *La Passion de saint Léger*, en 526 versos ;

• *La Vie de saint Léger*, en 240 versos.

Pero la lengua romance de ambos poemas presenta una mezcla desagradable de dialectos extraños á la Isla de Francia.

Con *la Vie de saint Alexis* (*Vida de San Alejo*) puede decirse que empieza, en verdad, la lengua francesa. Es una obra á la vez bien compuesta y escrita. « No poseemos en francés, decía Petit de Julleville, ningún monumento escrito de verdadero valor literario, anterior á la vida de San Alejo. » Admitiase á la comunión á los juglares que cantaban « ya las *Hazañas de los príncipes*, ya las *Vidas de los Santos*.

dice la *Suma de Penitencia*. Eran éstas las dos fuentes de la inspiración literaria. Los dos primeros sentimientos que revistieron forma poética fueron la bravura y la fe. De aquí nacieron las *Canciones de Gesta* y las *Vidas de los Santos*; son contemporáneas. Ha hecho la casualidad que poseamos un *Vida de Santo* anterior á nuestra primera *Canción de Gesta*; pero ambos géneros existían á partir del siglo xi.

¿Que quiénes fueron los autores de las *Vidas de Santos*? Pues fueron los clérigos y los monjes. ¿Que en qué fuentes bebieron? En los textos litúrgicos que comentan con toda libertad. La gente de la Edad Media se hallaba dotada de una vivacidad y de una imaginación tan juveniles, que no es fácil encontrar otros ejemplos. Los textos del ritual les parecían raquíticos, secos, descarnados, y los vistieron vistosamente, como solían hacer con las santas imágenes de los altares. Su fe era tan robusta que no le chocaban semejantes libertades, añadidos y ampliaciones fantásticas, de que echaban mano los clérigos para enriquecer el argumento oficial. Por el contrario todo el mundo los alentaba en este camino. Como el pueblo no solamente carecía de instrucción sino que no sabía ni leer ni escribir, había que emplear toda clase de medios para instruirle en la religión, y medios sensibles, como las pinturas en las vidrieras, las esculturas animadas y los cuentos sagrados que se leían en el oficio, en la iglesia, como nos lo refiere el trovador Wace en su *Vie de saint Nicolas*, diciendo que :

Los clérigos deben enseñar, á los que no saben de letra ni se han cuidado de ello, los preceptos de la ley divina, las vidas de los Santos y la causa del establecimiento de cada fiesta.

Tal fué la *Vida de san Alejo*, primer ejemplar de este género.

Data de mediados del siglo xi, próximamente de 1050, y es la historia de este santo referida en 625 versos por el trovador Tedbalt. Su manuscrito se encontró en 1850, en la iglesia de San Godoardo, en Hildesheim (Hanóver). El autor ha puesto en verso y simplificado la leyenda latina en la siguiente forma : La acción tiene lugar en Roma. Un rico caballero, Eufemiano, casa á su hijo Alejo, cuya alma pertenece ya á Dios. La noche de la boda dice Alejo á su esposa : « Vuestro esposo es Jesús, no tenéis necesidad de mí. » Dicho esto, huye. Llegado á Edesa, distribuyó todo el dinero que tenía á los pobres y, hallándose entonces más pobre que ellos, se echó á mendigar. Entretanto sus padres y su esposa, desolados, envían mensajeros en todas direcciones en busca del fugitivo. Dos de los mensajeros llegaron á Edesa y pasaron por delante de un mendigo de aspecto tan sórdido que le arrojaron algunas monedas. Era su amo, que de esa suerte alcanzaba del cielo la dulce humillación de ser socorrido por sus propios criados.

Como no había medio de dar con Alejo, lamentábanse sus padres. Un

día llegó á sus puertas un mendigo repugnante, á quien dieron hospitalidad, pero sin reconocerle. Era Alejo, su hijo, que pudo vivir de esta suerte, desconocido, relegado á una cuadra, alimentado con las sobras de la mesa y siendo juguete de los criados, que le echaban á veces por la cabeza el agua de fregar.

Al cabo de 17 años de miseria, sintió que se acercaba su última hora y escribió su vida en un pedazo de pergamino. Entre tanto resonó una voz en los cielos, por encima de Roma, que decía : « ¡ Buscad al siervo de Dios ! »

Murió Alejo y hallaron entre sus manos el pergamino, mediante el cual le reconocieron. Era él el siervo de Dios, el hombre santo, el mendigo voluntario, el esposo del sacrificio y de la renunciación; los poderes de la tierra se disputaban sus preciosos despojos, porque un santo obra curas milagrosas. El Papa y los emperadores hicieron espléndidos funerales á aquel cuerpo que ya empezaba á hacer prodigios, y más de uno que se llegó á él llorando, volvió cantando de júbilo.

Esta historia celebra el heroísmo en la pobreza. Pero ¿ y el matrimonio? ¿ No recibe una terrible herida con el ejemplo de aquel marido que huye después de la ceremonia? Según la idea del trovador, Alejo deja su puesto al esposo divino, á Jesús; por lo tanto su mujer no queda sola.

Tal es el relato, que posteriormente ha sido frecuentemente hecho, rehecho, modificado y ampliado. Su principal interés estriba en ser la primera obra de nuestra literatura, que inicia una serie fecunda é interminable de cuentos piadosos del mismo género, — serie paralela á la de las *Canciones de Gesta*. Por sí solas representan toda la sociedad de aquella época y las dos formas del espíritu público : piedad y valentía.

Sería cuento de no acabar y tarea poco literaria, por otra parte, el recorrer las numerosas vidas de santos que siguieron al *Alejo* y que no valen tanto como él. Así como, entre las *Canciones de Gesta*, la mejor es la primera, la *Canción de Rolando*, así también ninguna de las *Vidas de santos* ha sobrepujado á la de *Alejo*.

Habría que coleccionar por centenares, para tener la serie completa, los relatos inspirados en la Biblia y en los Evangelios, las vidas de santos, los milagros y los cuentos devotos de todo género. Refieren el Evangelio de Nicodemus por Andrés de Coutance, la Infancia de Cristo, la Leyenda de Judas, las Vidas de santo Tomás Becket, de santa Tais, de santa Eufrosina, de san Juan, de santa Leocadia, etc. La mayor parte son santos de Oriente, y los clérigos franceses adaptan su historia á los usos y gustos de su época. Hay que contar también á los santos indígenas que vivieron en la Galia, como san Bonet, san Eloy, santa Genoveva, san Martín y san Remigio; — todo ello en versos muy medianos.

Hay por último los santos bretones, cuyas leyendas tienen algo de misteriosamente poético y soñador. Unos se van, como san Brandán, á través de los mares, en una barca, con 20 monjes, y su viaje parece un cuento de hadas, con islas llenas de aves, islas de ovejas, islas de lámparas, un verdadero paraíso terrestre, un mundo maravilloso y espléndido que no tiene más objeto que celebrar al Criador. Hay que leer las páginas de Renán acerca de aquellos viejos poemas bretones, llenos de mística fantasía inspirada en los sueños y vagos recuerdos de las lejanas generaciones emigradoras :

« Aquí, — escribía Renán con el mayor encanto, — se halla la « isla de las ovejas », donde estos animales se gobiernan á sí mismos según sus propias leyes : más allá se encuentra el paraíso de los pájaros, donde la raza alada vive según la regla de los religiosos, cantando maitines y laudes á las horas canónicas ; Brandán y sus compañeros celebran en ella la pascua con los pájaros y allí permanecen 50 días sin más alimento que el canto de sus huéspedes ; más allá se encuentra la isla deliciosa, ideal, de la vida monástica, en medio de las olas. Allí no se hace sentir ninguna necesidad material ; las lámparas se encienden por sí mismas á la hora de los oficios y no se consumen jamás : es una luz espiritual ; reina un silencio absoluto en toda la isla y cada uno conoce de antemano con exactitud la fecha de su muerte ; allí no reinan ni el frío ni el calor ni la tristeza ni las enfermedades de cuerpo y alma. Todo aquello subsiste desde que lo estableció san Patricio. La tierra de promisión es más maravillosa aún ; reina en ella continuamente el día ; todas las hierbas tienen flores y todos los árboles frutos. Sólo la han visitado algunos hombres privilegiados. Á su regreso se echa de ver por el perfume que conservan sus vestiduras durante 40 días. En medio de aquellos sueños, aparece con sorprendente verdad el sentimiento pintoresco de las navegaciones polares, la transparencia del mar, los aspectos de los bancos y de las islas de hielo, que se derriten bajo el calor del sol, los fenómenos volcánicos de Islandia, los juegos de los cetáceos, la fisonomía tan característica de los fjords de la Noruega, las brumas súbitas, el mar tranquilo como una balsa de aceite, las islas verdes coronadas de hierbas, que caen hasta las olas. Esta naturaleza fantástica, creada expresamente para otra humanidad, esta topografía extraña á la vez que resplandeciente por su carácter de ficción y llena de realidad, hacen del poema de san Brandán una de las más maravillosas creaciones del espíritu humano y la expresión más completa tal vez del ideal céltico. Todo en él es hermoso, puro é inocente ; jamás ha examinado el espectáculo del mundo una mirada tan benévola ni tan dulce ; allí no se notan ni una idea cruel ni la menor huella de debilidad ó arrepentimiento. Es el mundo visto á través del cristal de una conciencia sin mancha : diríase que se trata de una naturaleza humana que no hubiese

nunca pecado, como la deseaba Pelagio. Los mismos animales participan de esta dulzura universal. El mal aparece bajo la forma de monstruos que andan errantes por el mar ó de cíclopes desterrados en islas volcánicas ; pero Dios los destruye, los unos por medio de los otros, y no les permite hacer daño á los buenos. »

También caracterizaba de esta suerte la tendencia soñadora y mística de los bretones :

« El instinto más arraigado tal vez de los pueblos célticos es el deseo de penetrar lo desconocido. En presencia del mar, quieren saber lo que hay más allá : sueñan con la tierra de promisión. En presencia de la tumba, sueñan con ese gran viaje que, gracias á la pluma de Dante, alcanzó una popularidad tan universal. Cuenta la leyenda que, predicando un día san Patricio á los irlandeses acerca del Paraíso y del Infierno, le dijeron aquéllos que quedarían más convencidos de la verdad de dichos lugares, si permitía que uno de ellos bajase allá y les trajese noticias. Patricio accedió á ello.

Abrieron un pozo por medio del cual emprendió un irlandés el viaje subterráneo. Otros quisieron intentar, después de él, la misma aventura expedición. Bajábase al dicho pozo con permiso del abad del monasterio cercano ; atravesábase luego por entre los tormentos del infierno y del purgatorio, y al fin volvía á salir el expedicionario para dar cuenta de lo que había visto. Algunos no salían y los que salían no volvían á reir en su vida ni á tomar parte en ningún regocijo. »

Esta tristeza poética es exactamente la de los cuentos piadosos que tienen por héroes á santos bretones.

* *

Los santos antiguos no eran los únicos que recibían el homenaje de los poetas y de los predicadores. Éstos ponían también en verso, para las lecturas piadosas que se daban en la iglesia, á santos contemporáneos : ya á Santa Isabel de Hungría, cantada por Rutebœuf, ya á Santo Tomás Becket, cantado, en el siglo XII, por Garnier de Pont-Saint-Maxence, trovador picardo, muy aficionado á viajar y que había conocido á Becket en Inglaterra. Cuando el arzobispo de Cantórbury fué asesinado á puñaladas por orden de Enrique II, en 1170, Garnier se informó sobre el terreno cuidadosamente y trabajó durante tres años en su poema, uno de los mejores de aquella época. Daba lecturas del mismo ante el sepulcro del santo á los miles de peregrinos que allí acudían. Su obra tiene 6.000 versos y revela habilidad y talento.

Entre los piadosos autores de cuentos hay uno que merece mención especial. Es Gauthier de Coinci (siglo XII), que tradujo en verso, del

latín, gran número de milagros con notable vigor. También tenía mucho éxito una colección de *Vies des Pères* (*Vidas de los Padres*).

Todos estos cuentos tienen un encanto penetrante, gracias á su sinceridad y á su fe cándida; y, aunque no poseen el mérito de la invención, no puede negárseles el de la forma y de la adaptación al medio social y á la época, así como el de la moral siempre elevada y sana. Habría que leer, en su viejo lenguaje, algunos de esos hermosos relatos, como el del *Chevalier au Barillet* (*El Caballero del Tonelillo*), el de *le Roi et le Voleur* (*El Rey y el Ladrón*) y el de *le Tombeur de Notre-Dame* (*El Juglar de Nuestra Señora*). Á lo menos podemos resumirlos, siguiendo á su docto historiador Petit de Julleville.

El Caballero del Tonelillo es un caballero culpable de numerosos crímenes y poseído de un orgullo incorregible. Se encuentra con un ermitaño y se confiesa con él, no por piedad ó por arrepentimiento, pues se burla de todo, sino más bien por irrisión, por vanagloria, por hacer gala de sus vicios. El ermitaño le impone penitencias y él suelta la carcajada y las rechaza.

— Á lo menos, responde el ermitaño, iréis á llenar, por penitencia, este tonelillo en el vecino arroyo.

— ¡ Valiente penitencia ! dijo para sí el caballero lleno de orgullo, y como cosa de broma, acepta y toma el tonelillo. Va en seguida al arroyo, mete el tonelillo en el agua y lo vuelve á sacar; pero lo encuentra vacío.

Vuelve á empezar la operación muy admirado, pero todos sus esfuerzos resultan inútiles; no hay medio de llenar el tonelillo. He aquí á nuestro hombre, primero sorprendido y después furioso.

— ¡ Es posible que no pueda llenar de agua un tonelillo ?

Ciéganle la vergüenza, la cólera, el despecho y el orgullo, y se obstina cada vez más. ¡ Llenará el tonel á pesar de todos los pesares !

Y durante un año se ve al caballero acercarse á todos los arroyos y á todas las fuentes, inclinarse, sumergir en el agua el tonelillo y sacarlo vacío.

Pasado el año, el caballero, con paso cansado y tardo, volvió á buscar al ermitaño y, con la cabeza baja y la mirada sombría, en que brillaban aún los últimos destellos de un orgullo medio vencido, arrojó el tonelillo y dijo :

— ¡ No puedo !

Entonces, mientras el ermitaño oraba por el alma de aquel pecador ciego de orgullo, el caballero, cansado de la lucha, inclinó la cabeza, se sintió tocado por la gracia del cielo y derramó una lágrima, — lágrima de arrepentimiento. Cayó ésta en el tonelillo y, de pronto ¡oh milagro ! lo llenó hasta los bordes, cosa que no habían podido hacer todas las fuentes del mundo. ¡ Había bastado una lágrima verdadera !

¿ No es éste un cuento muy hermoso que habría que oír engalanado por la gracia cándida y sencilla del « viejo lenguaje » ?

He aquí otro :

Un rey, seguido de numerosa comitiva, llega á una plaza pública donde había reunida inmensa multitud de gente. Dícenle que iban á ahorcar á un ladrón y que toda aquella gente estaba allí para asistir á la ejecución. Quiso salvar al condenado y preguntó por cuánto lo dejarían libre.

— Por 100 marcos, dijo el juez.

El rey sacó su bolsa y, reuniendo todo lo que poseía y todo lo que le prestaron sus cortesanos, se encontró con que le faltaban tres dineros para los 100 marcos; por su parte el juez no quería rebajar ni un céntimo. Iba á ser ahorcado el ladrón, cuando al rey se le ocurrió la idea de hacerle registrar para ver si tenía algún dinero. En los bolsillos del desdichado se encontraron justamente los tres dineros que faltaban para completar el rescate, y de este modo quedó libre. Es éste un apólogo de muy sabia enseñanza, pues da á conocer una verdad muy útil y es que hay que ayudarse á sí mismo, por mucha ayuda que nos presten el cielo ó los hombres.

De todos estos cuentos hay uno que ha sido repetido cien veces de diversos modos hasta nuestros días, á saber *el Juglar de Nuestra Señora*.

Helo aquí conforme á la primera versión francesa :

Había un juglar muy ignorante que, después de una existencia aventurera, se hizo monje. Fuera de sus saltos, bailes y juegos de manos no sabía absolutamente nada. En su monasterio no había clérigo ni monaguillo que no supiese, por los menos, las oraciones y los salmos, al paso que él lo ignoraba todo y sentía gran vergüenza por no servir para nada. Fué al fondo del huerto donde, en una gruta solitaria, había una imagen de la Virgen á la que confió sus penas.

Pero como no quería ser el único que no hiciese nada para honrar á Dios, se resolvió á hacer algo.

Je ferai ce que j'ai appris,

Je servirai de mon métier

La mère de Dieu en son moutier¹.

Quitóse su hábito de estameña y añadió :

« No sé cantar ni leer, pero quiero hacer en vuestro obsequio todas mis habilidades. »

Hizo cabriolas, anduvo de cabeza, oró, lloró, dió vueltas, dió el

1.

Haré lo que me enseñaron
Mi oficio ejercitaré
Y á la Madre de mi Dios
En su convento honraré.

1.

2

salto mortal y ofreció con toda su alma sus servicios á la Virgen, diciéndole :

« Os adoro con el corazón, con el cuerpo, con los pies y con las manos, pues no sé otra cosa. »

En fin sudó, bailó y saltó hasta que cayó sin fuerzas al pie del altar. Los días siguientes, á escondidas de todo el mundo, volvió á la gruta y renovó sus habilidades. Pero Dios que no pide ni oro ni plata sino el amor sincero de un corazón creyente, se sintió tocado por aquel fervor y no quiso que quedase oculto. Así pues, inspiró á un monje la idea de acechar y espiar al juglar, de sorprenderle en sus ejercicios y de denunciarle al abad, tomando aquello por un sacrilegio. Ocultáronse el abad y algunos religiosos y vieron con gran escándalo á nuestro juglar dar zapatetas, hacer cabriolas y todas sus habilidades. Empezaban á indignarse, al ver semejante profanación ante el altar, cuando bajó la Virgen del cielo acompañada de un hermoso séquito.

Et la douce Reine franche
Tenait une serviette blanche
Dont elle évente son ménestrel
Très doucement devant l'autel !

Los monjes se retiraron en silencio, maravillados y adorando á Dios que glorifica á los humildes.²

Lo dicho basta para dar una idea de aquella piadosa literatura que desarrollaba literariamente los asuntos tomados de los Evangelios ó de las tradiciones católicas.

Cortas en un principio, como el canto de Santa Eulalia, las primeras cantilenas adquirieron gran desarrollo, llegaron á ser poemas extensos y difusos y degeneraron por último en interminables relatos en prosa.

Igual destino tuvieron las obras épicas laicas, cuyo desarrollo fué paralelo al de las obras religiosas; refiérome á las *Canciones de gesta* que, según vamos á ver, empezaron siendo poemas sobrios y llenos de energía, para ir á parar en la prosa difusa y diluida de los libros de caballería.

1. Y la dulce Reina franca
Con una tohalla blanca
Hizo aire al pobre juglar
Suavemente ante el altar...

2. Este milagro del juglar recuerda el Milagro IX de Gonzalo de Berceo, de un pobre clérigo ignorante, pero devoto de María, que todos los días decía la misa de la Virgen Santa María porque :

Non sabía decir otra, diciela cada día.
Mas la sabía por uso que por sabiduría.

(N. del T.)

CAPÍTULO II

GRANDEZA Y DECADENCIA DE LAS CANCIONES DE GESTA

El Trovador en el castillo. — Ciclo de la antigüedad : *Romance de Troya*, por Benito de Saint-Mor, etc. — Ciclo bretón : *Tristán é Isolda*, de Thomas y Beroul. — Chrestien de Troyes : *Le Chevalier au Lion (El Caballero del león)*, *Perceval*, etc. — Ciclo francés : *Canción de Rolando*. — Otros : Roberto Wace; *la Canción de los Loreneses*; poemas diversos. — Decadencia de los cantares de gesta. — *El Romance de la Rosa*.

Representémosnos una mansión feudal rodeada de bosques y llanuras en el siglo XII, en la época de Luis VII; protegen la torre del homenaje otras torres macizas; cercanla los bastiones avanzados formando una cintura de corredores sembrados de atalayas, y además los fosos llenos de agua; entre las almenas, encima de los mortíferos matacanes, brillan los cascos de acero y las puntas de las partesanas; en los patios se oye el zumbido y el ir y venir de la servidumbre, de la guarnición y de los mercenarios.

La castellana se halla en la sala de honor, donde se ven representadas las imágenes de las leyendas en los tapices que adornan las paredes; guarnecen los bancos de piedra y los sillones de encina espesas telas. Las damas se ocupan en las labores de su sexo; las mujeres van y vienen llevando azafates con vestidos, pieles y otras prendas de adorno. Produce aquello la impresión de una vivienda inmensa muy poblada, muy agitada, muy guerrera, en medio de la cual se fastidia la castellana.

Echada de codos en la ventana, mira pasar las nubes y contempla los juegos de la luz que, cayendo del cielo, inunda el bosque. ¿En qué piensa? En el festín de la víspera con que su marido obsequió á sus primos, bebiendo en abundancia, ó en la próxima partida de caza en que debe probar un nuevo palafren.

Pero acaba de oirse el sonido del cuerno en las murallas. Se trata de un extranjero que desea ser recibido. Preséntanse no uno sino dos hombres; el primero parece el criado del segundo y lleva un rabel y un zurrón; el segundo tiene hermosa apariencia y brilla en sus ojos el fuego del pensamiento. Es Touroude, el famoso trovador. Desea hacer oír sus cantos. — ¿Qué es lo que sabe? — El *Rolando*, los *Aliscanes*,